

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE
DERECHOS DE AUTOR
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO.
UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION

70.36
7675
#7

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS

I N G U A T
B. BLIOTECA

TRADICIONES DE GUATEMALA

7

Editorial Universitaria
Guatemala, Centroamérica

1977

Agg 2005 #D524

CRONICA

Un suceso en 1897

EL ZAFARRANCHO DE LA SEMANA SANTA EN LA PROCESION DEL SEÑOR SEPULTADO

José Torón España

Rica en sabor folklórico es la semana santa en Guatemala, particularmente la de Antigua. El 16 de abril de 1897 ocurrió un verdadero tumulto en esta última, al encontrarse en la misma calle las dos procesiones del Santo Entierro, que salen el Viernes Santo del templo de la Escuela de Cristo y de San Felipe de Jesús, respectivamente. La causa fue que ninguna de las dos procesiones quiso ceder el paso a la otra, aunque por tradición correspondía a la de la Escuela de Cristo el centro de la calle.

El saldo de este suceso fue que los **cucuruchos** de ambas comitivas se dieron de golpes, con las gruesas y largas candelas que portaban, esgrimidas a manera de garrotes y ayudándose un tanto con los faroles, las matracas y cuanto ha menester para el mejor éxito de estos solemnes desfiles. El incidente escandalizó sobremanera a los vecinos de la ciudad colonial, y por muchas décadas se habló de este asunto. Creyóse al principio que era una leyenda, pero, a decir verdad, fue hecho cierto y auténtico.

En el **Diario de Centro América** del 22 de abril del año que se cita, página 1, hay una pequeña nota que dice: "TUMULTO. En la Antigua Guatemala nos dicen que el Viernes Santo, 16 de abril, hubo un escándalo promovido por los **cucuruchos** al encontrarse en la

noche, las procesiones del santo entierro que salieron de la iglesia de la Escuela de Cristo y de la de San Felipe, frente a la farmacia de Coronado. Las dos comitivas creían tener el derecho al centro de la calle, dando por resultado, que los cucuruchos formaran camorra mayúscula, saliendo muchos individuos estropeados. ¡A lo que conduce la intolerancia!”.

Dos días después, en el periódico independiente *La Epoca*, que en Antigua dirigía don J. A. Obregón, se publica la crónica detallada de lo acontecido en aquella fecha: año I, número 5, páginas 2 y 3. Infortunadamente no aparece el nombre del autor de la crónica, el cual se abstiene de hacer una descripción de los desfiles procesionales y qué imágenes eran sacadas en andas, dato precioso para comparar las celebraciones del pasado con las suntuosas y solemnes del presente.

Dice el cronista: “No es para nuestra ruda pluma describir con pureza y precisión que corresponde, la crónica de las celebraciones religiosas de la semana santa que acaba de pasar. Nos abstenemos por lo tanto de entrar en pormenores y sólo diremos algo sobre ciertos incidentes q’ de suyo exigen alguna explicación.

“Las procesiones comenzaron con la solemnidad y buen orden que preside casi siempre a la representación de los actos religiosos ante un pueblo que todavía tiene fe. Por todas partes (menos en los edificios públicos), reinaba la limpieza; las calles estaban casi todas regadas de flores sobre pino, formando un vistoso conjunto”. Añade el cronista que en la procesión de la Escuela de Cristo desfilaba el Ángel de la toalla, y al llegar al crucero de la calle de los pasos, frente a la hornacina de la Virgen de la luz, por un movimiento brusco de sus cargadores, el Ángel se quebró de la base y escapó de caer al suelo, gracias a que uno de los presentes lo recibió en sus brazos”.

Dice el cronista: “Vimos venir por otra calle la procesión de San Felipe. La de la Escuela de Cristo siguió hasta la Merced y a su regreso, será por simpleza o por malicia, los de San Felipe tomaron la misma calle y las dos procesiones se encontraron. ¡Qué ocurrencia! ¡Qué animación! Y ¡Qué barullo! Aquel duplicado de la procesión del Santo entierro, hizo bajar en ese momento todos los ángeles del cielo; pero, en fin, obraron con prudencia, porque tomando cada partido por su lado distinto de la calle, fueron pasando sin novedad. Los gallos de la Pasión, al encontrarse, no pelearon. Sólo los cargadores de las urnas, disputándose el derecho de pasar por el medio, armaron una de Dios es Cristo.

“Los alumbrantes de cucurucho negro que eran muchísimos, armados de candelas, estaban dispuestos a disputarse palmo a palmo el centro de la calle, pero un incidente inesperado vino a contener sus impetuosos arranques de mutua hostilidad.

“Un tal doctor Murillo, alias Caín, nicaragüense, deseando tal vez conquistar el título de pacificador, se presentó con un garrote levantado en medio de los combatientes; pero su actitud amenazadora y su carácter de cuerpo extraño en ese momento, hizo que se le tomara como enemigo común, lo cual determinó la unión de los partidos, que inquietos y fogosos, con ánimo exaltado, se lanzaron sobre él le llovieron candelazos. El se sostuvo al principio y dió garrote, pero uno de aquellos serafines negros, dispuso sonarle una fuerte matraca en la cabeza y el suelo fue testigo de su caída involuntaria.

“En esa triste y angustiosa situación apareció una alma caritativa que lo arrastró hasta la antigua farmacia de Coronado; allí tomando esencia de miedo a falta de valor, escaló las paredes interiores de la casa y huyó hasta salir por donde pudo, causando gran alarma en el interior de la manzana.

“Entretanto, los dos partidos se transaron: el Señor de la Escuela, como dueño de la casa, tuvo la atención de cederle el derecho a su tocayo y todo siguió perfectamente, no sin haber dado una triste prueba de que el espíritu de localismo no puede contenerse ni ante el respeto debido a la fe en presencia de las imágenes sagradas”. Y termina la crónica con este jocoso verso:

“El doctor (alias) Caín
después de bien aporreado,
salió como tacuasín
saltando por el tejado.

Por meterse a Redentor
imprudente licenciado,
al compás de aquel tambor
saliste crucificado.

Probablemente pensó
que le darían abrazos,
y lo que menos que sacó,
fueron sus cien candelazos.

No grites en casa ajena;
hecha pan en tu petaca;
porque no vale la pena
de sonarte la matraca”.

Fuentes: *Diario de Centro América*, v. CIV, No. 4579.
La Epoca, Año I, No. 5: 24 abril 1897.

Hemeroteca Nacional.

Guatemala, 13 de junio de 1977.